

# LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

*Fair-play*, es el motto consubstancial del espíritu deportivo británico. Jugar caballerescamente y lealmente, es lo que un deportista inglés hará con inconsciente naturalidad. Es más: no concibe se pueda obrar de diferente manera. El *fair-play*, pues, gobierna rigidamente en la reducida órbita de todos los deportes del Reino Unido de la Gran Bretaña. De vez en vez y en cierta medida, entra también en las relaciones comerciales. En la política, menos. En las relaciones sociales de clase a clase, menos aún. Y ya en la guerra, ese espíritu británico procederá como en la guerra. No obsta ello para que con fineza diplomática velen o tapen sus horriblos crímenes con una pudorosa capa de sentimentalidad hipócrita. También esto es consubstancial a la sensibilidad británica. Es la imagen del cazador que apunta al ave que derribará con su escopeta y se enternece hasta las lágrimas antes de hacerlo. Y, con mucho pesar, aprieta el gatillo. Hay que vivir... Un cachorro *por sang de aristocrata*, o un plebeyo gozquejo de un *square* — propietario de campos — al ingresar en las vetustas universidades de Cambridge o de Oxford para ser vaciado en el molde del *gentleman*, lo fundamental que se le inculcará es la equidad y rectitud ceñida y severa a las leyes inmanentes del juego, nada más que para las leyes del juego. Claro, si es capaz de transportar este simulacro de moral a los juegos cruentos o incruentos de la vida, tanto mejor. Pero de no ser así, nada perderá; la moral del *gentleman* pierde menos con ello que si hubiere cometido una trampa jugando y no en el vivir cotidiano, aunque con ello hiciera la rutina de un semejante suyo o le quitara la vida a un su próximo pariente.

Esto en la isla de John Bull. Al salir, entonces, de la corta periferia de esta insula, la moral británica cambiará de especie y de perfil, transformándose totalmente para llegar desconocida, al trasladarse a las colonias de ultramar.

Allí imperará la ley del más fuerte. Y los más fuertes serán las grandes compañías financieras, los grandes consorcios de banqueros, los cuales se apoderarán de inmensas extensiones de tierras, esclavizando a varios pueblos.

¿Argumentos para fundamentar lo que hemos expuesto tan sumariamente, tan perentoriamente? No son necesarios. Hechos cantan. Ahí está la pauperizada India y las grandes carestías que padeciera durante el régimen impositivo de la dominación británica; y ahí se halla China, con sus entrañas desgarradas y una de las cuatro partes de su población enferma o intoxicada por el abuso del opio, introducido por grandes financistas ingleses. Ello, según nosotros, llevará el suficiente convencimiento al ánimo del lector, que el mentado *fair-play* inculcado por las universidades inglesas a los prohombres de Gran Bretaña, no entra en nada en los cálculos colonizadores de avanzada civilización occidental.

En artículos precedentes, dando una causa a los recientes disturbios de China, escribimos sobre el tráfico criminal del opio. Fuera de esta pingüe industria de la muerte, hay otras que son asaz numerosas: una de las principales las manufacturas de algodón y seda. Las matanzas ejecutadas con ferocidad inaudita por la policía inglesa en Shangay, en Cantón, fueron motivadas por el sistema de extorsión, instaurado a costa de las masas de obreros chinos, por las grandes empresas coaligadas de japoneses e ingleses.

En *Freedom* correspondiente a julio-agosto, hay una proclama enviada por el comité establecido en Shangay, donde da detallada cuenta de cómo se efectuaron las sucesivas masacres. Se lo leerá traducido más lejos. Detengámonos sobre unas ligeras noticias que informan del funcio-

## Equidad... sólo en el juego

namiento interno de las manufacturas, regentadas por japoneses e ingleses.

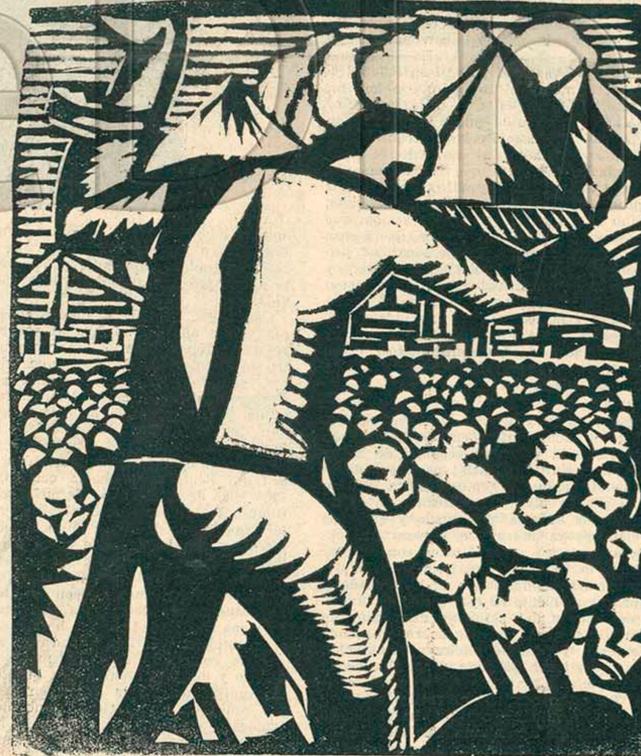
Seremos mesurados y cortos. En Shan-Hoi y en Shangay existen concesiones extranjeras — zonas neutrales —, donde fuertes empresas financieras han instalado grandes manufacturas de algodón y de seda. Allí, pues, no se permite rijan leyes chinas ni japonesas, y aún menos inglesas. Y en consecuencia, ni las leyes humanas ni las divinas — si existieran — no entran en nada, ni con nadie se meten, ni a nadie castigan y amparan. Allí, el capataz, el empresario, son los omnímodos cancerberos que guardan el ganado de esclavos para hacerles producir los más gordos dividendos, que irán a los bolsillos de los accionistas residentes *at home* — o sea en la vieja Adición.

ras al ser comparadas con ellas, sorprendió a esta niña durmiendo, después de un trabajo de diez horas. La apaleó tan brutalmente que hubo de ser hospitalizada durante varios días.

Es un ejemplo. Y naturalmente, cuando en el estallido de la indignación, se produjeron las huelgas contra tamaños horrores, la policía inglesa ha disparado con saña y ferocidad sobre la inermes multitud de niños, mujeres y hombres.

Pero léase esta proclama que, en esperanto, por la Shangay Esperanto Association, fué divulgada hasta los confines más lejanos de la tierra.

El siguiente artículo, traducido de *Freedom*, procede de la "Shangay Esperanto", Boone Road, Shangay, China. Esta asociación solicita se le envíe todo periódico escrito en esperanto, y también que a esa dirección se le remita la correspondencia.



El horario de labor para los obreros de esas fábricas, es de catorce a quince horas diarias. La paga oscila de un chelín a chelín y medio. A fin de ahorrar los salarios de los adultos, se emplean niños de cinco a seis años de edad; por una jornada de doce horas, se les abonan dos peniques. Los capataces no trepidan en apalear friamente a los muchachos remisos y perezosos. Uno de los casos que soliviantaran más los ánimos de las masas obreras, fué el de una chiquita. Una de aquellas fieras que insultan a las fie-

Se titula — en inglés — *Versión china de las masacres de Shangay*: "En nombre de los habitantes de Shangay, en el nombre del pueblo chino y en el nombre de todos los miembros de la humanidad, protestamos contra las crueldades perpetradas en el barrio internacional por la sanguinaria policía inglesa que, sin hallarse en el caso peligroso de defender sus vidas, durante tres días disparó sus armas, cometiendo horrenda carnicería,

en la cual perecieron veinte estudiantes, ciudadanos y trabajadores, quienes de nada eran culpables y se hallaban completamente indefensos.

... He ahí los hechos:

En el último mes (mayo) se produjo una huelga en las hilanderías japonesas de algodón. Los huelguistas vencieron; los dueños hubieron de conceder los pedidos. Sin embargo, cuando los obreros regresaron al trabajo, los japoneses se negaron a mantener sus promesas. Mientras los trabajadores intentaban protestar por esta falta de cumplimiento de lo estipulado, los propietarios, auxiliados por empleados superiores y capataces, empezaron a disparar sus armas contra la masa de los obreros, matando dos e hirviendo siete. Después del crimen cobarde, realizado a mansalva, por orden del común inglés se hizo arrestar un gran número de trabajadores. Además mandó secuestrar toda la edición del periódico chino de la localidad, donde se publicaban las noticias de los incidentes y se relataban las crueldades cometidas a tan buen precio. En mayo 24, se arrestó a varios estudiantes, por hablar en las calles, que pertenecían a varias universidades. Para protestar por la detención de obreros, civiles y estudiantes, las corporaciones estudiantiles y las proletarias, el día 30, empezaron a distribuir manifiestos y numerosos oradores hablaron en las plazas y calles de Shangay. Esa tarde en Nankin-Road se reunió una inmensa muchedumbre, ya que ésta es una de las principales arterias de esa ciudad. Otra vez la policía hizo numerosos arrestos; pero la multitud, a pesar de ello, se negó a dispersarse. Entonces el jefe de policía de las fuerzas inglesas dió la señal para que se empezara a hacer fuego. Cuarenta descargas se sucedieron con rapidez extraordinaria, dirigidas a una masa compacta de mujeres, niños y personas que no poseían arma alguna con que repeler el ataque. Este tiroteo duró siete minutos, cayendo seis personas muertas y más de diez heridas. La sangre corría por las calles, como agua. Entre los asesinados se hallaban tres jóvenes estudiantes, varios trabajadores, algunos comerciantes y otros que se encontraban por casualidad en el lugar del suceso. De la multitud que se hallaba allí, nadie sabía cuándo llegaría su último momento. Fué un momento de terror pánico.

Como consecuencia de este crimen horrendo, se declaró la huelga general, siguiéndose nuevas masacres, nuevas revueltas en casi todas las calles de Shangay. No hay que preguntar de qué parte se encuentran los culpables. En esta vasta tragedia, en la que perecieron muchas vidas humanas, los miembros de la población china, no poseyendo arma alguna, fueron los que cayeron en mayor cantidad. Numerosos, muy numerosos fueron los muertos y los heridos asiáticos, que diariamente se hallaban tendidos en las calles de Shangay y de otros ciudades.

A los lectores desapasionados les presentamos algunos puntos sugestivos y reveladores en forma de interrogantes: El primer día la policía, al hacer fuego sobre la multitud, ¿lo hizo sólo en su defensa? ¿cómo puede acontecer jamás, que un puñado de jóvenes estudiantes inermes, sin un cortaplumas en sus bolsillos, no temiera atacar a una tropa armada con equipo de guerra? ¿de qué manera se hubiese podido producir un ataque por parte de una muchedumbre, también desarmada y situada a seis pasos de distancia de sus verdugos, o sea de la policía, que la tenía rodeada? ¿cómo se explican los ataques de los civiles a los soldados, si todos los proyectiles encontrados en los cuerpos de heridos y muertos les habían entrado por la espalda o en las partes traseras?"

No fueron rebeldes ni amotinados los que, perdieron la vida, sino pobres víctimas, mártires, a pesar de ellos. Es que







ma de su organización y por los principios que rigen su actividad está garantizada contra la influencia en su seno de los politicantes y de la política.

VIII.—Fusionismo y confusiónismo.

Desde la revolución rusa de octubre de 1917, los bolchevistas no han cesado de proclamar su determinación de dirigir no sólo la clase obrera rusa, sino también, por intermedio de los partidos comunistas nacionales y de la Internacional comunista, la clase obrera mundial.

Con ese fin su primera táctica fué, por una parte, romper el movimiento sindical, y por la otra, atraer hacia sí los elementos revolucionarios del seno de la clase obrera. Como hemos visto, las dos tentativas fracasaron miserablemente, sobre todo la última. Los comunistas no se desalentaron por tan poco; reemplazaron la palabra de orden de escisión por la de unidad sindical, porque todos los medios son buenos siempre que se pueda llegar al propósito concebido.

Con su nueva consigna de unidad sindical, los comunistas han encontrado un terreno más susceptible de ser cultivado. La unidad sindical ha tenido siempre un atractivo instintivo en las filas de la clase obrera organizada. Los comunistas especulan sobre este instinto robusto de los trabajadores y ven ya despuntar en el horizonte la posibilidad de torzar la mano a la Internacional sindical reformista, de hacer fusionar la F. S. I. con la I. S. R. y de poder, dentro de poco, acaparar el movimiento sindical mundial en provecho de la Internacional comunista, en provecho, sobre todo, del Estado bolchevista.

La proposición de la unidad sindical—idea surgida en el seno de la Internacional comunista—ha introducido una confusión inextricable en las filas sindicales. Todo el mundo habla de unidad: la gran masa más o menos inerte de los trabajadores organizados que no quieren saber nada de comunismo, y los comunistas que no quieren saber nada de reformismo. Pero mientras que esto es un instinto natural que dicta las aspiraciones de los primeros, no es más que por cálculo político que tratan los últimos de alimentar esa unidad sindical.

Esa epidemia se desarrolló sobre todo en Francia, donde la tradición sindicalista no puede soportar más de una organización sindical. Los comunistas de la C. G. T. U. juegan sobre esa tradición, la explotan constantemente, en la esperanza de acaparar el movimiento obrero francés entero, haciéndole servido obediente de la sección francesa de la Internacional comunista.

Pero el fenómeno más curioso en la historia moderna de la unidad sindical es la devoción y la prisa con que la central sindical rusa se prepara a entrar en la Internacional reformista de Amsterdam.

En ocasión de la visita a Rusia de la delegación de las Trade Unions inglesas a fines de 1924, se emprendió por la central obrera rusa una gran campaña de fusión de las Internacionales de Amsterdam y de Moscú; tras la central obrera rusa se ocultaba la I. S. R. endeble y moribunda, que no espera más que la entrada de la central rusa en Amsterdam para exhalar su último suspiro.

¿Qué sucederá el día en que los elementos moscovitas del movimiento sindical integren la Internacional reformista? Apenas se puede uno imaginar el caos que reinará en esa "unidad" sindical. No olvidemos que la F. S. I. está en relaciones muy estrechas y seguidas con la segunda Internacional y que los miembros de la central obrera rusa y de la C. G. T. U. francesa están estrecha e íntimamente ligados a la tercera Internacional. Con esos dos grupos político-sindicales que cada cual tira de su lado se puede prever una serie interminable de luchas intestinas que debilitarán inmensamente la potencia de resistencia de la clase obrera despeñada en su propia casa por esas dos aglomeraciones políticas. No olvidemos tampoco que los dos partidos políticos internacionales, de los cuales los organismos sindicales no son más que instrumentos benevolentes y abnegados, no tienen de ningún modo la intención de fusionarse. Está, pues, claro que la fusión de los apéndices sindicales no es más que una trampa con la cual se quiere saciar la sed de unidad que arde en el seno de las grandes masas.

Estas luchas intestinas engendradas por la ingerencia de los políticos en la vida de los sindicatos tendrán por motivo supremo y único la conquista del poder por los sindicatos. Es, pues, indudable que, lejos de llegar por la fusión de las dos Internacionales de Amsterdam y de Moscú, a un cierto grado de unidad sindical de un valor positivo cualquiera, esa fusión implicará en sus consecuencias una era de confusión extrema en las filas del proletariado y una epidemia de intrigas políticas que amenazarán la existencia misma de todo movimiento sindical.

La palabra de orden de unidad sindical no es ni más ni menos que una palabra de orden escisionista a outrance que lleva a la descomposición y a la disgregación completa del movimiento obrero. La orden de la fusión proclamada en Moscú, no lleva en sus consecuencias más que al desorden y a la confusión (1).

IX.—La bandera de la primera Internacional.—

En 1872 murió el ala marxista de la primera Asociación Internacional de los Trabajadores. El ala bakuninista sobrevivió a ésta algunos años y durante esos años no desperdició nunca la ocasión de insistir sobre las dos bases fundamentales del movimiento obrero revolucionario: el federalismo y el antiestatismo. En el congreso de la Federación romana de la primera Internacional que se celebró en la Chaux-de-Fonds en abril de 1870, la resolución siguiente, que indica claramente el espíritu de que estaba imbuida la Internacional bakuninista, fué adoptada (2).

"Considerando que la emancipación definitiva del trabajo no puede tener lugar más que por la transformación de la sociedad política fundada en el privilegio y en la autoridad, en sociedad económica fundada sobre la igualdad y la libertad;

que todo gobierno o Estado político no es otra cosa que la propagación de la explotación burguesa, explotación cuya fórmula se llama derecho jurídico; que toda participación de la clase obrera en la política burguesa gubernamental no puede tener otros resultados que la consolidación del orden de cosas existente, lo cual paralizaría la acción revolucionaria—socialista del proletariado;

El congreso romano recomienda a todas las secciones de la Asociación Internacional de los Trabajadores que renuncien a toda acción que tenga por fin operar la transformación social por medio de las reformas políticas nacionales y que dirijan toda su actividad a la constitución federativa de los cuerpos de oficio, único medio de asegurar el éxito de la revolución social. Esa federación es la verdadera representación del trabajo que debe tener lugar absolutamente fuera de los gobiernos políticos".

Medio siglo más tarde, en el congreso constituyente de la A. I. T. en Berlín, en 1922, los sindicalistas revolucionarios, que permanecieron fieles a los principios del federalismo y del antiestatismo, no pudieron sino confirmar de nuevo su actitud de oposición consciente a toda dominación política de la clase obrera. La última declaración de principios de la A. I. T. no era más que un eco de la de La Chaux-de-Fonds:

"Sólo en las organizaciones económicas revolucionarias del pueblo trabajador está la fuerza capaz de realizar su emancipación y la energía creadora necesaria para la reorganización de la sociedad sobre la base del comunismo libre".

Es así como se estableció la continuidad ideológica de la primera Internacional en la Asociación Internacional de los Trabajadores. La bandera de la primera ha pasado a manos de la segunda. La lucha comenzada hace 50 años contra los políticos y los autoritarios bajo los pliegues de la bandera federalista y antiestatista, continúa siempre, dirigida esta vez bajo los pliegues de la nueva bandera de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Es bajo esa bandera que están llamados hoy a colocarse en filas cerradas todos los trabajadores manuales e intelectuales que quieren acabar con todo gobierno, con toda dominación política o económica, con toda democracia hipócrita y engañadora, con toda dictadura, sea mussoliniana o leninista, todos aquellos,

en una palabra, que son adversarios irreconciliables de la conquista del poder y del centralismo estatista.

El deber más urgente de todos los revolucionarios inspirados por el espíritu anticentralista y antiestatista, es cerrar filas en las organizaciones económicas de combate, reforzarlas y, rechazando lejos de ellas el reformismo democrático de Amsterdam y el revolucionarismo dictatorial de Moscú, aumentar la fuerza de acción de la A. I. T. en el seno de la cual se reúnen todas las organizaciones sindicalistas revolucionarias y antiestatistas que ponen en práctica los principios de la primera Internacional.

(1) Si el segundo congreso de la A. I. T. (Amsterdam, 21-27 de marzo, 1925) ha tomado posición con respecto a esa pseudo-unidad sindical, la moción adoptada por el congreso sobre la actitud fren-

te a los diferentes partidos políticos concluye como sigue:

"Ante esa situación llena de peligro para la clase obrera mundial, el segundo congreso de la A. I. T. considera que es del deber de los sindicalistas revolucionarios:

continuar más enérgicos que nunca la obra de reagrupación de las organizaciones obreras antiautoritarias sobre la base de los principios del sindicalismo revolucionario, tales como están enunciados en los estatutos de la A. I. T.;

no participar en ninguna comedia de unidad sindical emprendida por los que desean sofocar el movimiento obrero convirtiéndolo en presa de los partidos políticos, cualesquiera que sean;

agrupar en torno de la A. I. T. todas las fuerzas revolucionarias sindicales antiestatistas del mundo entero".

(2) "Memoire de la Fédération Jura-sienne, Sonvilliers, 1873, pág. 128.



Páginas íntimas

A Heri Roorda van Eysinga

París, 13 de diciembre de 1893.

Mi querido amigo:

Al trazarme una línea directriz de pensamientos, de moral y de conducta, me he dicho siempre: Sé tú mismo; defiende tu personalidad frente y contra todos; que tu mano se levante contra el que atente a tu libertad y a tu dignidad.

Sé bueno, puesto que los demás te ayudan a vivir; sé justo, puesto que los demás son otros tú mismo. Sé siempre lleno de un espíritu de justicia perfecta hacia todos; respétalo todo en la plena medida de la libertad. No juzgues o no intervengas más que en ocasión de un atentado contra ti, tu hermano o tus hermanos.

En el ejercicio de tu actividad, conoce tus fuerzas, dosifícalas, ve de qué modo puedes ponerlas mejor en acción para el bien común. Si obras sobre todo por la fuerza del pensamiento, haz pensar a los otros; si vales por la bondad, la ternura, haz amarlas a los demás; si eres un hombre de acción, obra con los demás y por los demás.

Pero en todas partes donde hay injusticia, hay reivindicación. Acterna vindictio! Se recuerda Vd. sin duda del bello grito de Proudhon, al hablar del sacerdote que iría a bautizar a su hijo: "¡Mataré al sacerdote!" ¿Lo hubiese hecho? ¡Poco importa! basta que haya tenido el derecho a hacerlo.

Del mismo modo, todo oprimido, todo desgraciado, todo hombre privado de sol y de aire, de libertad o de estudio, todo ser lesionado en su existencia y en su derecho, todos tienen derecho a levantar la mano contra el opresor. Un pequeño número lo hace sólo porque la bondad, la simpatía humana, el espíritu de solidaridad lo impiden, pero el derecho estricto no por eso subsiste menos. Más aún, el desgraciado por causa ajena tiene derecho contra mí, que soy un dichoso, y de antemano, d.ré: "Está bien hecho".

He ahí cómo veo las cosas de una manera general, sin ocuparme de los casos particulares.

Cordialmente suyo — E. Reclus.

Al redactor jefe de "La Réforme", de Bruselas

Marzo de 1894.

Señor:

Leo en su número del 19 de marzo, que los periódicos de París piden con insistencia mi prisión. Permítame hacerles saber por su intermedio, que si se lanza un mandato de captura contra mí, no me escudaré en el hecho de que serías ocupaciones me llamaron a Bélgica. Abandonando inmediatamente mi traba-

jo, iré a presentarme ante los jueces, no para dar satisfacción a los ladrones de las letras, sino por un sentimiento personal de mi deber y por respeto a mis convicciones. No es que la prisión me atraiga, pero hasta en la prisión misma puedo acabar dignamente una vida que sé honorable.

Reciba la expresión de mis sentimientos respetuosos.

ELISEO RECLUS.

BIBLIOGRAFIA

Kropotkin P. "Ética, origen y evolución de la moral, un vol. de 378 págs. en 8°. Traducción directa del ruso por N. Tasin. Editorial Argonauta, Buenos Aires, 1925.—

Esta obra, tanto tiempo esperada, no necesita nuestros comentarios; en estas mismas columnas apareció, en ocasión de su edición alemana, un hermoso artículo de Max Nettlau sobre la historia de esa obra póstuma de Kropotkin y sus valores fundamentales. Comparando esta traducción con la traducción alemana, es preciso reconocer que el estilo sencillo de Kropotkin ha sido mejor conservado en la traducción de N. Tasin; la necesidad de las traducciones fieles, que echamos tanto de menos al hojear libros de Kropotkin tan fundamentales como *El Apoyo Mutuo*, se siente cada vez más apremiantemente y, en ese sentido, la edición española de la *Ética* constituye un buen signo de progreso en el manejo de nuestra literatura.

Es de lamentar que no haya sido incluido en este volumen el poco de material destinado a la segunda parte, interrumpida por la muerte del autor; son unas cuantas páginas más y habría sido agradable tener toda la labor de Kropotkin sobre la *Ética* planeada, en un solo tomo, dado que un segundo tomo no existe.

En breve aparecerá en francés la obra completa, y en inglés, y según nuestras noticias se planea igualmente una edición italiana. Si nos faltase otro índice para medir la magnitud de las fuerzas libertarias, tomaríamos ese solo hecho de la difusión espontánea y rápida de nuestros buenos libros, para afirmar que, numéricamente, nuestro movimiento ha hecho indudables progresos.

La misma editorial anuncia el propósito de la edición de las *Obras completas* de Kropotkin; ya que nuestra época no se caracteriza precisamente por la labor creadora, sepamos siquiera poner a contribución de nuestro movimiento el pensamiento de los que nos precedieron; esos viejos libros que representan la cima de la idea revolucionaria de un tiempo, sabrán gestar una mentalidad joven en las generaciones venideras de las huestes de la libertad.

D. A. de S.